

Por los que se [nos] van “desencantados”.

Algunas intuiciones para atender pastoralmente

Luis Donaldo González Pacheco

Estudiante de teología en Universidad Pontificia Comillas
E-mail: donaldo.gonzalez@seminariodenuevolaredo.org

Recibido: 12 de marzo de 2020
Aceptado: 23 de octubre de 2020

RESUMEN: Este artículo afirma que aquellos que se van de la Iglesia se apagan porque no se sienten acogidos o se pierden porque no conocen lo que creen. A ellos nos referiremos como *desencantados*. Recordando que son hombres y mujeres que, llamados a la Trascendencia, recorren caminos a Dios, que asimilan las cosas de una manera personal y nunca uniforme, y que, en último término, se incluyen en el “id a hacer discípulos entre todos los pueblos” (Mt 28,19), la principal tarea de la Iglesia y de sus agentes de pastoral.

PALABRAS CLAVE: cuidado pastoral; amabilidad; agentes de pastoral; diálogo; apertura; escucha.

For those “disenchanted” who leave. Some intuitions for pastoral care

ABSTRACT: This article aims to point out very basic guidelines so as not to forget that those who leave the Church go out because they do not feel welcome or get lost because they do not know what they believe. We will refer to them as *disenchanted*. Remembering that they are men and women who, called to Transcendence, walk paths to God, who assimilate things in a personal and never uniform way, and who, in the end, are included in the “go and make disciples of all nations” (Mt 28:19), the main task of the Church and of her pastoral agents.

KEYWORDS: pastoral care; kindness; pastoral agents; dialogue; openness; listening.

1. Introducción

Para nadie es un secreto que hoy, por diversos motivos, muchas personas se nos van de la Iglesia: «muchos se sienten *desencantados* y dejan de identificarse con la tradición católica» (EG, 70). Algunos se van por que quieren o por facilidad, otros por algún mal testimonio, otros porque no se sienten escuchados o acogidos, otros, incluso, por engaño. Si bien la gran mayoría de “los que se van” son laicos, también encontramos a seminaristas, religiosos y clérigos.

En cualquier caso, soy consciente de que son muchas las circunstancias, y aquí no nos vamos a detener en ellas. Lo que pretendemos, más bien, es rescatar algunas causas sencillas y significativas –que no son necesariamente las más escandalosas–. De modo que “escuchando” y “viendo”, hagamos un esfuerzo por entenderlas y que, de ellas, podamos sacar un aprendizaje. Matizo: no estoy apuntando a un “control de calidad” en el marco comercial “al cliente lo que pida”. No somos vendedores. Más bien, busco poner la mirada en que, analizando y discriminando casos y casos, caigamos en la cuenta de que muchas de estas personas y sus situaciones tienen *algo que decir[nos]*, y de ellas *algo te-*

nemos que pensar, discernir y aprender, para así atender y evitar.

2. ¿Secularización?

Lo más fácil y rápido en este tema es culpar a la *secularización* de que nuestros templos [ya] no estén llenos. Aunque es una palabra común en nuestros días, para algunos con tono doloroso y para otros con tono glorioso –dependiendo del contexto–, tengo la sensación de que cada uno se refiere a este fenómeno como mejor le acomoda: así, creo los primeros lo sienten como una carga o arrebato –no siempre un fracaso–, mientras los segundos lo ven como un modo de liberarse –o hacer olvidar– de todo lo que huele a Iglesia. Trabajando sobre este supuesto, de existir, ambas posturas tendrían sus responsabilidades en el siglo actual.

En cualquier caso, lo cierto es que la fe católica [ya] no está en auge y que la secularización es un fenómeno objetivo, con sus criterios y palpables consecuencias¹. Sin em-

¹ “El *proceso de secularización* tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo. Además, al *negar toda trascendencia*, ha producido una creciente *deformación ética*, un *debilitamiento del sentido del pecado personal y social* y un progresivo aumento del *relativismo*, que

bargo, esto *no quiere decir que las personas dejen de creer*, porque el ser humano tiende a la trascendencia –para eso está hecho–. Así, y aquí, nos vienen las preguntas: ¿dónde están?, ¿en qué creen? Y más hacia adentro: ¿estaban aquí?, ¿se han ido?, ¿las hemos dejado ir?

Aquí nuestra reflexión tiene un punto alto: preguntarnos el *abandono de la Iglesia por parte de los fieles* nos lleva, por un lado, a pensar causas externas, pero, por otro, aunque menos frecuente, a buscar las causas internas, en las cuales, muchos –refiriéndome a los agentes de pastoral– tenemos algo que ver. Esto sería invertir la cuestión y preguntarnos por la causa del *abandono de los fieles por parte de la Iglesia*.

3. De camino a Dios

Es un tema tan amplio y complejo que tenemos que partir de algo común. Por eso remarcamos que *el ser humano está creado para la Trascendencia*, y que por ello “es capaz de conocer y amar a su Creador” (GS 12). Este principio, aunque no todos lo digerimos de igual mane-

ocasionan una *desorientación generalizada*, especialmente en la etapa de la adolescencia y la juventud, tan vulnerable a los cambios” (EG, 64). [La cursiva es mía].

ra, nos deja ver por qué el ser humano se cuestiona y *busca su propio sentido*, y que, al no encontrar[se] respuesta en sí mismo –ya que lo infinito no se contiene en lo finito–, con acierto *busca a Dios*. El único que puede revelarle el sentido de su existencia (Cf. GS 22).

Ahora bien, como ya dijimos, no todos procesamos ni progresamos en esto –y en casi nada– de la misma manera. Cada uno tiene su tiempo y su momento. De manera que, recordando que “el Espíritu sopla donde quiere” y como quiere (Jn 3,8), tenemos que reconocer y respetar el proceso y progreso de fe de cada creyente. Así, siguiendo al jesuita norteamericano James Martin², podremos reconocer que las personas nos encontramos con Dios de diferentes maneras. Él lo llama “caminos”: a) *el camino de la fe*, por él circulan los que ya están inmersos en la religiosidad –muchos desde pequeños–, lo que les permite moverse en ella con cierta familiaridad; b) *el camino de la independencia*, por el cual se separan de la religión organizada –jerárquica– pero siguen creyendo en Dios (“Dios sí, Iglesia no”); c) *el camino de la increencia*, que pretende racionalizar y entender a Dios; d)

² Cf. J. MARTIN, *Más en las obras que en las palabras*, Sal Terrae, Santander 2011, 36-49.

el camino de regreso, que, después de haberse alejado, pretenden reeducarse para volver a tener una experiencia con Dios –ya sea porque se sienten necesitados, cuestionados, etc.–; e) *el camino de la exploración*, que pretende buscar a Dios en diferentes sitios, modos y tradiciones; f) *el camino de la confusión*, es el de los que no abandonaron del todo la fe, pero que no la viven bien, ni como quisieran, ni como creen deberían.

4. ¿Qué es lo que “desencanta”?

Como el lector ya habrá intuido, es momento de centrarnos en *los que se nos van desencantados* y que ahora van por *el camino de la independencia*. Es decir, los que por diversas razones se han dejado de identificar con el catolicismo, o con su jerarquía. Sobrevolado el tema de la secularización (si se quiere de los factores *ad extra*) ya que no es lo que buscamos, centrémonos en lo que parece más *ad intra*, aquello de lo que al inicio decíamos que tenemos que ver más los agentes de pastoral. Lo pienso de esta manera:

a) *El “antitestimonio”*

Ser *testigos* es una de las tareas que el cristiano tiene por el bautismo

y la confirmación (Cf. LG 11). Así, por un lado, tenemos que reconocer el aspecto más teológico (*martyria*), y por otro, lo que popularmente se entiende por testimonio, que responde más a la vinculación del “ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn 13,34), con la solicitud y la defensa por los más desprotegidos, la amabilidad y la cordialidad, entre otros elementos. Así, cuando esto falla hay decepción. Claro está que en grados distintos y proporcional: no es lo mismo el “antitestimonio” de un fiel de misa dominical, el catequista, el religioso o el ministro ordenado³ (sin olvidar que depende del qué de la cuestión).

b) *La no disponibilidad a escuchar, discernir y atender*

No es difícil encontrar personas que se han sentido y han sido ignoradas, olvidadas o rechazadas en alguna parroquia, movimiento, grupo. En resumen, por la Iglesia. No me refiero solo a aquel que por no conseguir lo que desea recurre al escándalo. Aquí me gustaría

³ El *antitestimonio* nos hace sentir “dolor y vergüenza” (EG, 76). Sin embargo, es preciso reconocer que aquí se siente mucho más la distinción entre clérigo y laico. Cuando el pastor falla, y falla seriamente, es más doloroso para—toda—la Iglesia.

destacar la situación de aquellos que, viviendo una fe coherente, y, si se quiere, un ministerio, se han sentido “no escuchados”, ya sea por su párroco, o incluso su obispo. Hombres y mujeres que con amor a la Iglesia y profundos deseos de trabajar por el Reino se ven frenados agresivamente –sin discernimiento–, sin más explicación que el “ahora no”, “no tengo tiempo”, “no me interesa”, muchas veces reflejo de pereza, inseguridad o falta de compromiso de los agentes de pastoral –muchas veces clérigos–.

c) *Poca apertura o miedo a la diversidad*

Es cierto que mediática y frecuentemente se tacha a la Iglesia de cerrada, retrógrada y de poco actual. Se la pinta como “la mónada”. Creo que esto no siempre hace justicia. Pero también creo que tiene algo de verdad, especialmente cuando detrás de estas acusaciones hay dolor, un profundo sentimiento de rechazo, falta de comunicación y cordialidad⁴.

⁴ Si evitamos generalizar, evitaremos creer que todas las comunidades LGT-BI+, todos los curas “progres”, todos los grupos feministas, todos los curas diocesanos, todos los religiosos, o, en definitiva, todos los que no piensan como yo, no tienen nada que aportar, ni que

d) *La falta de formación*

Hay otro sector de los fieles que se van porque intuyen que la Iglesia no está en la verdad, o que no la dice toda. Bajo este presupuesto puede haber dos modos: primero, los que Martín sitúa en *el camino de la increencia*, segundo, los que descubren que la Iglesia “no sigue” y “no conoce” las Escrituras, sino que las ha tergiversado a su conveniencia. Muchos de los fieles del segundo grupo, a veces engañados por comunidades eclesiales o sectas, se van buscando la verdad, enojados con la Iglesia que “les ha visto la cara”. En el fondo, muchos de ellos, se van enojados con su propia noción de Iglesia, la que más o menos vieron, la que sale en los medios, la que les enseñaron de pequeños. Una Iglesia que no es propiamente la Iglesia de Jesucristo, sino un constructo personal (a veces exagerado y distorsionado por terceros). Lo que queda claro es que estaban en la Iglesia, pero no la conocían. Esto, sin embargo, no siempre es del todo su “culpa”.

Recogiendo estos cuatro aspectos, advertimos: el *desencanto* no es un

decir. “Cuando salvamos las distancias y comprendemos cada historia personal, solemos ser mucho más humanos”: J. M. RODRÍGUEZ OLAIZOLA, *En tierra de todos*, Sal Terrae, Santander 2019, 212.

juego. Trae consigo tristeza y decepción. En último término, confusión, falta de confianza y credibilidad.

5. Ver hacia adentro

Sostengo nuevamente: en la Iglesia no buscamos “dar al cliente lo que pida”, sino anunciar “el amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad” (EG 128), es decir, a Jesucristo. Sin embargo, esto tiene que decirse de modo amable, claro y certero. Para esta comunicación es imprescindible, por un lado, tener en cuenta *lo que la Iglesia es y quien la compone*, y, por otro, lo que gritan los “signos de los tiempos” (cf. GS 4). Nos referimos aquí a lo que en teología pastoral se llama función *reflexiva*, que estudia los principios, la acción y el camino de la vida de la Iglesia⁵. Hagamos un sintético esfuerzo:

a) *Lo que la Iglesia es*

La Iglesia no son solo curas. Tampoco solo templos. La Iglesia tiene rostros, instituciones, historia,

obras, enseñanza, más un largo etcétera que también incluye errores y pecados. Todo ello hace a la Iglesia “una, santa, católica y apostólica”. Ahora bien, aunque desde hace siglos lo rezamos en el Credo, me parece adecuado recurrir aquí a otro modo de definición de la Iglesia de acuerdo con su actividad. *En tierra de todos* lo describe sencillamente: “La Iglesia es comunidad (*koinonía*), es servicio (*diakonía*), es celebración (*leitourgía*) y es testimonio (*martyría*)”⁶. Apuntemos sintéticamente:

Que *la Iglesia es comunidad* es reconocer que *dentro de la unidad hay diversidad*. De un término a otro tiene que mediar la fe, el respeto, la caridad y el discernimiento. Recordemos que el Espíritu suscita diferentes carismas “para renovar y edificar la Iglesia” (EG, 130): “Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu” (1Co 12,4). Ahora bien, es cierto que no todo conviene. Como en una *familia*, también es preciso el discernimiento, que no se opone ni ataca al sentido de pertenencia. La Iglesia es una *madre* con muchos y muy diversos hijos, a los que ama y procura.

⁵ Cf. P. GUERRERO, “Teología Pastoral: idea, palabra, acción”, en *Sal Terrae* 100 (2012), 745.

⁶ RODRÍGUEZ, *op. cit.*, 133; CTI, *El cristianismo y las religiones*, n. 75: “La Iglesia lleva a cabo su misión como sacramento universal de salvación en la *martyria*, *leiturgia* y *diakonia*”.

Ahora bien, en esta gran familia se está atento a las necesidades del otro, también del alejado, del distinto (o del que se siente así). En esta *comunidad se ejerce el servicio* y se trabaja por una sociedad mucho más humana, justa y libre. Nos referimos al servicio de los que nos necesitan, los que son y se sienten olvidados y excluidos, los que viven en las periferias existenciales. Este no es otro que el servicio del amor: el que lava los pies (Jn 13), el que exhorta y auténticamente ayuda con lo necesario para vivir (cf. St 2,15-18), el que ve en el otro al mismo Señor Jesús sin importar raza, credo o condición (cf. Mt 25,35-45).

Esta *comunidad que sirve* es la misma que *se reúne en torno a la mesa*, donde celebra, comparte y se alimenta del Pan y la Palabra, su más grande tesoro: “la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC, 10). En la celebración y la vida de la Iglesia, cada uno a su modo y sus dones, participa activamente de la vida de la comunidad eclesial (cf. LG, 11 y 30).

Esto se nota y se hace notar. La tarea del bautizado es “esparcir el buen olor de Cristo” en todo lugar y en todo tiempo. Sin avergonzarse y sin titubear. Con honestidad y

valentía en cada familia, grupo o estructura social, parroquia, congregación religiosa o diócesis. El *testimonio* es *dentro y fuera*, de lo contrario, no tiene sentido.

b) Los signos de los tiempos

Hablar de signos de los tiempos es hablar de muchas cosas⁷. Por eso, no podemos hacerlo aquí. Sin embargo, aunque hay cosas generales a la que nos podemos referir⁸, prefiero detenerme en lo que GS pide desde sus primeras líneas: “Es necesario por ello *conocer y comprender el mundo* en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza” (GS 4). Sin duda, esto es lo que Juan XXIII pretendía con el *aggiornamento*, o lo que Pablo VI buscaba con el *diálogo*. Es,

⁷ S. PIÉ-NINOT, *Introducción a la Eclesiología*, EVD, Navarra 2011, 25: “‘Signos de los tiempos’ no es sinónimo de ‘reto’ en el sentido negativo (problema que solucionar), de lo contrario nos moveríamos en el esquema ya superado *Iglesia, sociedad perfecta* que se enfrenta a la mundanidad. Hoy el enfoque es otro más bíblico, de raíz litúrgica, de visión misionera, ecuménica e histórica, el de la Iglesia como *sacramentum salutis*”.

⁸ Los más evidentes podrían ser: globalización, crisis socioambiental, secularización, migración, medios de comunicación masivos y sociedad líquida. Todo ello repercute en la Iglesia y en su misión.

por decirlo pronto, que la Iglesia no tenga miedo de conocer lo que las sociedades viven y, a la vez, darse a conocer a ellas. Recordemos que nuestro mundo también incluye a nuestra Iglesia.

6. Combatir lo que desencanta

Habiendo expuesto sintéticamente nuestro punto y las bases –si se quiere– teóricas que lo sostienen... ¿Qué decir ante las cuatro realidades “desencantadoras” que hemos presentado? Aquí una palabra siguiendo el mismo esquema:

a) Nunca podremos acabar con lo que popularmente se puede entender por *antitestimonio*. Sin embargo, los agentes de pastoral sí que lo podemos combatir con acciones pequeñas y sencillas que permeen los ambientes pastorales: primero, la *coherencia entre lo que anunciamos y hacemos*; segundo, la *cordialidad y la amabilidad* son elementos que no pueden faltar en nuestro contacto personal: “el ABC de la pastoral es un saludo y una sonrisa”⁹. Atención: esto en

ningún caso puede ser falsear la actitud, repito, no somos vendedores. Es recordar que la Buena Noticia siempre se transmite con autenticidad y alegría¹⁰: “hacer una presentación de la fe *amable*, desde la amabilidad y el aprecio a los destinatarios”¹¹. La lectura que hacemos de la realidad tiene mucho que ver con el cómo se presenta.

b) La Iglesia es Madre. Y una madre siempre procura a sus hijos. Por tanto, les *escucha*, les *abraz*a, les *alimenta*. Una madre no escatima tiempos, lugares o esfuerzos para *estar* con sus hijos, para corregirlos, sanarlos o alentarlos. Los agentes de pastoral somos casi siempre rostro de la Iglesia. Es por eso por lo que, aunque los hijos a veces parezcamos exigir demasiado, no podemos cerrarnos. No hace justicia al ser de la Iglesia cortar las alas de quien quiere aprender a volar, o cerrar las puertas al que ya vuela... o a quien se pierde o parece

⁹ R. CABRERA LÓPEZ, en: *Església Arxidiocesana de Barcelona* (01-12-14), <https://esglesia.barcelona/es/actualitat/monsrogelio-cabrera-el-abc-de-la-pastoral-es-un-saludo-y-una-sonrisa/>

¹⁰ Noción que el papa Francisco recoge de Pablo VI y nos pide en nombre de la Iglesia: EG 10.

¹¹ “Por lo tanto, sin arrogancia, aires de superioridad y sin reproches”: G. URIBARRI, *Teología de ojos abiertos*, Sal Terrae, Santander 2018, 104 y 139.

perdido. ¿Dónde está si no la misericordia? ¿Dónde está si no la “Iglesia en salida”? Una cosa es salvaguardar el depósito de la fe y la sana doctrina y otra es enmarcar los carismas del pueblo en nuestros propios esquemas, horarios, documentos, miedos. Lo primero es la misión de la Iglesia, lo segundo puede ser inseguridad, pereza, clericalismo. Mejor una Iglesia accidentada (EG 49).

- c) La unidad no es sinónimo de uniformidad, sin embargo, sí que incluye caridad, respeto y valentía. Me explico: cierto es que “no todo edifica” (1 Co 10,23b), sin embargo, tampoco todo lo nuevo viene del maligno. Pastoralmente, enfrentarnos a lo diverso implica un acto de *escucha*, *contacto real* y *discernimiento*, “discernimiento amoroso”¹². Sobre todo, cuando se tiene en cuenta que más que los grupos o movimientos que pueden brotar, somos las personas (individualmente) las que somos, todas, diversas. Por eso es importante *evitar* generalizar, etiquetar o categorizar a las personas y sus sensibilidades. La masificación nos cosifica. Lo que tenemos que hacer es

seguir el ejemplo del Señor que toca sin miedo a los leprosos (Mt 8,3). Es decir, aplicar a toda la vida pastoral lo que la Iglesia pide hoy respecto de las situaciones canónicamente irregulares: “discernimiento *personal* y *pastoral* de los casos particulares” (AL 300)¹³. Esto es lo que evitará que el otro se sienta ignorado, rechazado, en muchos casos incomprendido, y en último término, “desencantado”.

- d) Conocer y perseverar en la fe es un derecho de todo bautizado (cf. CIC, can. 213). Como se puede intuir, esto implica un deber que atañe directamente a los pastores. Sin embargo, tenemos una realidad distinta: por un lado, el desconocimiento de la fe por parte de los laicos; por otro, la falta actualización teológica en muchos pastores. Sin reducir todo a esto, hay una situación palpable: la fe de la Iglesia no es del todo conocida por sus fieles. En síntesis, nos hace falta una intención de formación seria¹⁴ para ayu-

¹² *Ibíd.*, 47.

¹³ Bajar la rigidez evita el fariseísmo. La amabilidad posibilita la construcción de puentes y el diálogo.

¹⁴ Prefiero hablar de intención de formación que de una “pastoral de formación”, que en muchos lugares existe,

darnos “a crecer en la vida y doctrina cristiana en una situación histórica, social y cultural determinada”¹⁵. Esto, por un lado, implica para los pastores salir de sí mismos, por otro, motivar a los fieles a conocer la fe real, que los domingos profesan en comunidad. Hablar con claridad genera seguridad y certeza. No deja lugar ni al “desencanto” ni a los engaños que se nos cuelan gracias a una fe que se sostiene con “pincitas”.

Claro está que esto tiene que ser progresivo y adecuado para cada realidad. Sin embargo, sí que creo que tiene que repercutir especialmente en nuestros agentes de pastoral (sobre todo de laicos). Solo así trabajaremos con una pastoral en conjunto, “desclericalizada”, y superaremos la absurda idea de que la *teología* es solo para curas. En la Iglesia, todos compartimos la misión de hacer discípulos a todos los pueblos (Mt 28,19), por tanto, “todos estamos llamados a crecer como evangelizadores” (EG, 121).

pero que se puede reducir a una lectura jurista y memorización del catecismo o los preceptos morales. Con intención pastoral de formación apunto a una catequesis continua y real, en ningún caso al adoctrinamiento.

¹⁵ G. URIBARRI, *op. cit.*, 44.

7. Conclusión

La fe de las personas no se fuerza. La libertad es un requisito constitutivo de la fe, y, por serlo, los pastores no pueden tener a nadie atado ni condicionado a creer. Sin embargo, lo que sí toca a los pastores es *procurar* y *cuidar* la fe del pueblo que se les ha encomendado, así tenga que caminar delante, en medio o detrás del pueblo (cf. EG, 31). Esto incluye: por un lado, a los que se salen de lo ordinario, a los que sueñan, a los que se caen y se levantan. Los que piensan diferente o tienen necesidades distintas a las normales. A aquellos que parecen superarnos.

Recordemos: el pastor es pastor de todos. Hace presente a Cristo para todos y actúa en nombre de la Iglesia para todos; y, por otro, lo que Juan XXIII pretendía con un “magisterio predominantemente pastoral” que, fiel a la doctrina y teniendo en cuenta al interlocutor, *presenta la fe en Jesucristo de modo real y no diluida*, es decir, sin “prescindir de las exigencias de verdad y de caridad del Evangelio propuesto por la Iglesia” (AL 300), pero con actitud dialogante y paciente frente al otro: no es una fe a la carta, pero tampoco una fe rígida y cerrada.

Es por esto por lo que, para finalizar esta reflexión, sin grandes

pretensiones, pero tampoco ingenuamente, invitamos al lector a tres cosas:

- a) Primero, no dejar de lado los detalles que, como hemos señalado, desencantan, confunden o hacen que los fieles “se nos vayan”: saludar, sonreír, acoger, escuchar, atender. Recordemos que ser pastores del rebaño no es ser sus dueños. Por tanto, es tarea propia *conducir y cuidar* al pueblo que sí pertenece a Dios.
- b) Segundo, por la misma razón, no podemos permitirnos pensar que son los fieles los que tienen *siempre* que ir a los pastores. Recordemos que también el pastor, por ser rostro de la Iglesia –y sobre todo de la misericordia–, ha de salir en búsqueda de aquel que no parece estar en el redil (cf. Lc 15,4). Por tanto, una actitud de indiferencia ante el que “no [nos] busca”, “ya no viene” o “se ha ido”, siempre sobra.
- c) Tercero, a recordar que “dar la vida por las ovejas” (Jn 10,11) también implica tiempo, paciencia, energía, trabajo, reflexión, caridad... Incluso “abandonar el cómodo criterio pastoral del ‘siempre se ha hecho así’” (EG 33a) o la extrema rigidez, para *tocar* y

escuchar lo más diverso, así, después, discernirlo con la Iglesia, y, buscando la asistencia del Espíritu, repensar las estructuras, los modos y medios de la Evangelización (EG 33b). Esto, sin duda, no es sencillo, ya que implica ser valientes y pacientes, desapropiarnos del protagonismo, de las seguridades o las comodidades. Es dar un paso valiente a “romper los esquemas aburridos” en los cuales pretendemos encerrar la fe de la Iglesia, para que, mirando a Jesucristo, nos descubra “nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual” (EG 11). Ciertamente esto es tarea de toda la Iglesia, pero son los pastores los que con mayor responsabilidad (y posibilidad) pueden ser agentes de valentía, y ejemplos de fe.

Finalmente, me gustaría añadir una última intuición extraída de EG 12: para que a nosotros, agentes de pastoral, no nos atrape el “desencanto”, no podemos olvidarnos que, ante todo, tenemos que *ser hombres y mujeres de fe*, que crean firmemente en el Señor, y a su vez, que es Él quien [nos] “ins-

pira, provoca, orienta y acompaña de mil maneras”, personal y pastoralmente. Solo así nos creeremos que la iniciativa siempre es de Dios, y que, por ende, es Él mismo quien la sostiene: “esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero”. Solo así, se llega a ser evangelizador

al estilo del Buen Pastor: “No nos dejemos robar el entusiasmo misionero” (EG, 80).

Estimado lector, no hemos descubierto “nada nuevo bajo el sol” (Qo 1,9). Hemos recogido nociones muy básicas para que, desde la sencillez y la autenticidad, el pueblo de Dios no se [nos] vaya “desencantado”. ■